

EL IMAGINARIO DESSALINIANO EN EL TEATRO HISTÓRICO Y LA REALIDAD CONTEMPORÁNEA HAITIANA¹

Marie-Agnès Sourieau
Fairfield University
msourieau@mail.fairfield.edu

*Qui donc ira jeter des fleurs / Au Pont Rouge / A Vertières / Au
Champ de Mars / Les offrandes coulées dans la honte / Blessent.*²
(René Philoctète, Poèmes des îles qui marchent) *

*From 1791 to 1804, under the leadership of Toussaint Louverture
and Jean-Jacques Dessalines, Haiti gained its independence and
the life juices of liberty became blood of our blood and flesh of
our flesh.*

(Discours du Président Jean-Bertrand Aristide aux Nations Unies,
le 28 octobre 1993).

RESUMEN

Este artículo analiza la representación dramática de Jean-Jacques Dessalines en las piezas históricas de Henock Trouillot, Jean Metellus y Vicente Placolý. Estas piezas presentan un Dessalines apasionado por la Independencia, defensor de la libertad y de la justicia insistiendo, particularmente, sobre el nexo visceral —lazo de sangre— que une al pueblo con el héroe. Ellas muestran también la importancia de la palabra y de la dicotomía de la lengua (creole–francesa) en la fundación de Haití. Doscientos años más tarde, el antiguo presidente Jean-Bertrand Aristide recuperará en su discurso político los hechos, gestos y palabras atribuidas al

1 Traducción de Carmen Díaz Orozco. Una versión en inglés de este artículo se publicará en la revista *Small Axe* No. 18.

2 Quién irá entonces a lanzar flores / Al Puente-Rojo / A Vertières / Al Campo de Marte / Las ofrendas derramadas con vergüenza / Hieren.

primer jefe de estado. Declarándose padre de la nación mediante el movimiento Lavalas y protector de las libertades de las masas desposeídas, Aristide se revestirá de la legitimidad hereditaria de Dessalines y de los aspectos populistas de su mito para manipular al pueblo y justificar su, cada vez más, tiránico poder.

Palabras clave: representación dramática, dicotomía de la lengua, legitimidad populista.

ABSTRACT

This article analyzes the dramatic representation of Jean Jacques Dessalines in the historical works of Henock Trouillot, Jean Metellus and Vincent Placol. In these works, Dessalines is portrayed as a passionate advocate of Independence, and defender of freedom and justice. Emphasis is placed particularly on the visceral connection - a blood connection - which unites people and heroes. These three works also show the important role played by the word and by the dichotomy of language (Creole-French) in the foundation of Haiti. Two hundred years later, former President Jean-Bertrand Aristide will reflect in his political speeches the actions, movements and words attributed to the first head of state. Through the Lavalas movement, Aristide will declare himself the father of the nation and protector of the freedoms of the underprivileged masses. He will appropriate the legitimate inheritance of Dessalines and the populist aspects of his myth in order to manipulate the people and to justify his increasingly tyrannical power.

Key words: dramatic representation, dichotomy of language, populist inheritance.

RÉSUMÉ

Cet article analyse la représentation dramatique de Jean-Jacques Dessalines dans les pièces historiques de Henock Trouillot, Jean Metellus et Vincent Placol. Ces pièces représentent un Dessalines passionné de

l'indépendance, défenseur de la liberté et de la justice, en insistant particulièrement sur le lien viscéral — lien de sang — qui unit le peuple au héros. Ces trois pièces montrent aussi l'importance de la parole et de la dichotomie de la langue (créole -français) dans la fondation d'Haïti. Deux cents plus tard, l'ancien président Jean-Bertrand Aristide récupérera dans son discours politique les faits, gestes et paroles attribués au premier chef d'état. Se déclarant père de la nation à travers le mouvement Lavalas et protecteur des libertés des masses démunies, Aristide se prévaut de la légitimité héréditaire de Dessalines et des aspects populistes de son mythe pour manipuler le peuple et justifier son pouvoir de plus en plus tyrannique.

Mots-clef: représentation dramatique, dichotomie de la langue, légitimité populiste.

Después de su victoria decisiva en la batalla de Vertières, el 18 de noviembre de 1803, Dessalines obtiene del general Rochambeau la capitulación de la armada francesa, compuesta por 40.000 hombres y enviada por Napoleón a Santo Domingo para restablecer la esclavitud. Esta victoria de los «Jacobinos negros» abre la vía de la independencia de Haití que será proclamada algunas semanas más tarde, el 1 de enero de 1804. Boisrond-Tonnerre, el secretario de Dessalines, redactó y leyó, en francés académico, la proclamación de independencia abjurando de la nación francesa en nombre de la unidad. Ese glorioso día, *Papá Desalin*, analfabeta, exhorta en *créole* al pueblo reunido en la plaza central de Gonaïve a luchar hasta la muerte para preservar la libertad tan difícilmente adquirida. El nuevo estado alterna el uso del francés en los textos y declaraciones oficiales con el uso del *créole* en los discursos dirigidos al pueblo. La revolución había sido adoptada para suprimir la esclavitud y en consecuencia debilitar al poder blanco. En los albores de la nueva república la cuestión de la identidad racial se presenta como esencial. Ser negro en el suelo haitiano, color genérico que incluye a las *personas de color* (mulatos) y a los *nuevos libres* (*negros*), equivale, según la constitución de 1805, a ser haitiano. Según Thomas Madiou, uno de los primeros historiadores haitianos, Dessalines

tenía conciencia de que para crear una nación unida ésta debía mantener en su seno una “preciosa concordia” y una “feliz armonía”, es decir, suprimir a los blancos aunque trascendiendo las diferencias epidérmicas (Dayan, 26; Placolý, 81). Esencial fue también el factor económico frente a la repartición de las tierras y del resultado de la venta de productos agrícolas. Así, desde los inicios de la república, las cuestiones de lengua, de pigmentación y de justicia económica fragmentan al nuevo estado. En un espacio de dos años, la ruina de la infraestructura del país, la ausencia de nivel institucional, los antagonismos raciales y la avidez de la elite diezmaron la figura del general emperador. Frente al caos económico y a la difícil guerra civil, Dessalines, único portador de la voluntad del pueblo, ejercerá un poder cada vez más despótico, réplica del modelo colonial de relación “señor/vasallo” (Dahomay, 22).³

Doscientos años más tarde, el 18 de noviembre, durante el bicentenario de la Batalla de Vertières en Cabo Haitiano, el presidente Jean-Bertrand Aristide, en un “vibrante discurso” en *créole* tamizado de francés exclama: “¡Nuestros ancestros hicieron el año 1804, nosotros debemos hacer el 2004!” La masa de oprimidos, esclavos tráfugos de ayer son incitados a reeditar el episodio de la revolución bajo la dirección de un Dessalines reencarnado que, como portavoz de la voluntad popular instaurará un régimen verdaderamente democrático. Aristide exhorta a su “familia” a luchar contra “El neoliberal (que) secreta una violencia endémica”. Al final de su discurso, evocando en francés el episodio de Vertières como “victoria de la unidad” y “victoria de la raza negra”, Aristide, henchido de amor fraternal, exhorta a sus “hermanas” y “hermanos” en estos términos ambiguos:

Juventud de mi país, ustedes a quienes amo patrióticamente,
ustedes a quienes amo tanto, permanezcan en acuerdo con
las victorias haitianas (...) por el país, por los Héroes de

³ “Lo que ocurre en el Haití independiente es que los jefes de la guerra de liberación se convirtieron en propietarios de las tierras de los antiguos colonos y negros y mulatos pasaron a ser la clase dominante que reemplazaría a los colonos y ejercería sobre la inmensa mayoría del pueblo, negros bozales, esencialmente campesinos, una dominación de naturaleza colonial. El Estado ejerce, entonces, su autoridad como un Estado colonial de uso interno. Es de creer que, incluso si la esclavitud fue abolida, toda noción de autoridad se fundó según la imagen atesorada de las relaciones amo /esclavo. (Dahomay, 17)

Vertières, declaremos una guerra pacífica a la pobreza. Si Vertières se sitúa en la cima de las victorias de libertad, marchemos unidos hacia victorias económicas y democráticas. Así realizaremos las Vertières económicas y democráticas. (<http://www.haiti.org>)

Doscientos años después de la revolución haitiana, el combate continúa con parámetros similares. A la seguridad de paz y de amor se mezcla la urgencia del combate contra fuerzas destructivas. La independencia tarda en concretizarse. El colonizador francés blanco se ha transformado en explotador norteamericano confundido con las organizaciones financieras internacionales El Padre/hijo mayor/jefe de la gran familia haitiana listo a dar la vida por los suyos promete, mediante discursos en *créole* y francés —tal como aquel del 18 de mayo del 2001 pronunciado durante la conmemoración de la creación de la bandera haitiana—, asumir “con orgullo la responsabilidad de instaurar un régimen gubernamental respetuoso de las libertades fundamentales, de la equidad económica y de la paz social”. A dos siglos de distancia, he aquí un discurso de una violencia inaudita fustigando a los opositores en el poder. Si bajo Dessalines se trataba de los blancos y de los generales conspiradores, bajo Aristide se trata de los “hermanos traidores”, portadores de una “mala sangre” que han renegado de su “padre” Dessalines, y han permitido que se contamine la fuerza vital que de él han heredado.⁴ Los verdaderos haitianos, es decir, los partidarios del régimen de Aristide, son los descendientes legítimos de Vertières, aquellos que fortalecidos con la sangre de su padre Dessalines, continúan luchando para poner en marcha la “victoria de un pueblo heroico, digno y orgulloso”, la “victoria contra la exclusión y el racismo”, la “victoria de los valores universales que elevarán a Haití al rango de la inmortalidad” (discurso del 18 de noviembre de 2003). La lucha por la liberación de la dominación esclavista al final de los años 1790 se ha transformado en voluntad

4 En su alocución del 18 de mayo de 2001, Aristide, inquieto por el caos político en aumento intenta convencer a la oposición de adherirse a su poder en estos términos: “A Darío, que pedía compartir Asia, Alejandro el Grande respondió: ‘¡La tierra no puede tolerar dos soles!’ A mis queridos compatriotas de la oposición, dirijo mis deseos de paz subrayando que la tierra de Haití tan sólo puede tolerar un sol democrático en el que todos seamos destellos de paz”.

de liberación de otra forma de dominación intolerable, la de la tiranía política y económica. Aristide se servirá de la reivindicación democrática de las masas populares para pervertirlas mediante la lógica de un discurso ontologizante cada vez más despótico.

Resulta tentador interpretar la convergencia entre estas dos realidades haitianas, la de Dessalines y la de Aristide, como una historia de escena única, un drama que da vueltas sobre sí mismo. A dos siglos de distancia, un mismo escenario conduciendo a un mismo resultado (o casi) se une en una misma lengua doble (francés-*créole*) con actores intercambiables frente a un público inmutable. Esta metáfora teatral se aplica particularmente bien a la historia literaria haitiana, ya que desde la independencia hasta nuestros días los dramaturgos no han dejado de llevar a escena, como si se tratara de una repetición de lecciones de historia, a los héroes y episodios definitivos de la revolución. “El autor dramático, en un cierto sentido, es un historiador. Él toma su trama de la historia. Y su sentido de esta historia determina el desarrollo de su obra” escribe Hénock Trouillot en su introducción a *Dessalines ou le sang du Pont-Rouge* (1967, [3]). El teatro así concebido, como espacio de ilustración e interpretación del sentido de la historia invita a reflexionar sobre el legado de la revolución haitiana en la literatura; en este caso, sobre el género teatral y sobre el imaginario de un pueblo nutrido de ese pasado mítico. El teatro histórico haitiano que me ocupa emerge de esta fascinación de la élite intelectual que escribe en francés y se dirige a un público francófono educado. Existe, ciertamente, en este censo de la historia una intención de glorificar el pasado excepcional —un proyecto nacionalista para los dramaturgos haitianos, de movilización política para los dramaturgos antillanos— pero éste responde también a una urgencia de reflexión sobre la gestión del país y de las causas posibles de la tragedia que lo ahoga. La dramaturgia de la historia ofrece así una clave de lectura del presente y del devenir porque al unir a los héroes de la revolución expone un escenario conocido cuyos resortes intentamos reinterpretar a la luz de la actualidad. Es bajo este ángulo que este proyecto de letras es relanzado a la masa analfabeta, y esto, principalmente por la vía de los discursos y arengas políticas de los héroes/jefes del

momento. El carácter altamente dramático y universal de la revolución haitiana, que conviene perfectamente a la puesta en escena teatral, permite movilizar la fibra patriótica de una población dividida desde hace dos siglos y unirla por un tiempo bajo el estandarte de algunos nombres gloriosos (Anacaona, Boukman, Toussaint, Dessalines, Christophe) y de algunos nombres abominables (Colón, Napoleón, Leclerc, Rochambeau). Es pues en este imaginario altamente cargado de emoción que nutre a cada haitiano, letrado o no, que actúa el último presidente depuesto de Haití, deseoso de otorgar una lógica histórica a su poder y de legitimar sus acciones/reacciones.

Algunos dramaturgos haitianos desde 1807, y antillanos a partir de 1950, llevan a escena retazos de la historia de Haití. Las figuras privilegiadas son Toussaint Louverture y Henri Christophe. Dessalines, el fundador de la independencia y primer hombre de Estado de Haití, es más bien dejado a un lado por literatos e historiadores, tanto por falta de documentos históricos como en razón de su controversial recorrido. La historia ha guardado de él la imagen de un hombre de guerra brutal, de un tirano sanguinario cuyo célebre slogan “Koupé tèt, boulé kay” (“corten las cabezas, quemén las cabañas”) persiste en la memoria. En este año de aniversario de la independencia de Haití, creo pertinente atender tres piezas de teatro que se ocupan del fundador de la nueva nación. Se trata de *Dessalines ou le sang du Pont-Rouge* (1976) de Hénoch Trouillot, historiador y dramaturgo haitiano; *Dessalines ou la passion de l'indépendance* (1983) de Vincent Placol, escritor martiniqueño; *Le pont rouge* (1991) de Jean Métellus, escritor haitiano de la diáspora. Estas piezas me interesan en razón del lenguaje y del imaginario que emplean sus escritores para representar a Dessalines y re-imaginar el discurso de los héroes y su entorno. Me parece que entre estas tres piezas existe una compartida visión histórica, un imaginario dessaliniano que repercute en la realidad política contemporánea de Haití.

Tres piezas hacen de Dessalines un apasionado de la independencia —defensor intratable de la libertad y de la justicia— y un visionario político, víctima trágica de la corrupción de sus próximos. Pero, sobre

todo, las tres piezas insisten en el nexos visceral —el lazo de sangre— que une al pueblo con su héroe en una entidad indivisible. El jefe / padre “*es la nación*” (Dahomay, 21). Sin embargo, si Dessalines encarna al pueblo, es por su condición de síntesis de un concepto de libertad que constituye su más preciado legado. Cada pieza muestra el modo en que el héroe se apropia finalmente de esa libertad para sí mismo, confiscando todo el poder por el “bienestar” general. En *Dessalines ou le sang du Pont-Rouge*, Trouillot sitúa a su héroe en 1806, algunos meses antes de su asesinato. El autor lleva a escena a un hombre de Estado progresista, con voluntad de justicia, pero que se aísla cada vez más; violento y tiránico en la medida en que se opone a los intereses de la minoría, la misma que, según él, “despilfarra y despoja los bienes de los colonos” a expensas del Imperio (44). La intriga gira en torno a lo no dicho de la conspiración y traición de los próximos del Emperador, los mismos que precipitarán su caída. Trouillot se inclina por el conflicto de Dessalines con la élite haitiana, lejos de la masa, sorda a sus necesidades, incapaz de pensar al nuevo estado como proyecto común. Subrayando la ruptura entre los *nuevos libres* sojuzgados aún después de su libertad y la élite, sobre todo mulata, ávida de “enriquecerse de un día para otro” (42) y “desprovista de toda aspiración nacional” (6); esta pieza reseña la inmovilidad socio económica de Haití, a finales de los años 60, debido a la influencia duvalierista.

Dessalines subraya, por otro lado, la realidad del espacio marginal de la mujer en la historia. Al final de la pieza, la cantinera Défilée,* amante apasionada de Dessalines reúne los miembros descuartizados del héroe después de su asesinato en Pont-Rouge con el fin de asegurarle una sepultura honorable. Mediante este ritual, Défilée salva la integridad física y espiritual del fundador de la independencia, y por la misma vía, la revolución. Pero si Défilée encarna la valentía y el ardor patriótico de la nueva nación, su locura la envía a un sin sentido que la llevará al silencio. Igual de secundarias en la H/historia serán Défilée en la pieza de Placolý

* Défilée significa, literalmente, desfilada; es decir, desviada, fuera de fila y fonéticamente se asocia a desfile (de tropas). Es probable que el nombre aluda a un juego de palabras entre ambos términos, sobre todo si se compara con el apelativo de Claire Heureuse (Clara Feliz) que distingue a la esposa de Dessalines. (Nota de la traductora)

y Marie-Félicité, la esposa del Emperador conocida con el nombre de Claire Heureuse en la pieza de Métellus. No obstante, las dos muestran una fuerza de carácter y una comprensión excepcional de los eventos. Ambas simbolizan la estabilidad y la lealtad en el entorno pérfido y sedicioso del Emperador, ambas saben reconfortar al gran hombre y prodigarle sabios consejos. Mientras que la tiranía, el odio y la miseria devastan al país, Défilée y Claire Heureuse simbolizan el espíritu de un mundo más humano, hecho de cordura, de justicia y de tolerancia. El presidente Aristide recupera la figura de Claire Heureuse, “esta dama que nos ha dejado la traza indeleble de nuestra memoria colectiva”, durante un discurso pronunciado el 12 de enero de 2004 mientras el país permanece a la sombra del caos (Sérant, Alterpresse). Frente al aumento incontrolable de la violencia y a punto de abandonar el suelo haitiano para entregarse a los americanos, en Monterrey, México, el Jefe de Estado invoca a la esposa de Dessalines en estos términos: “Que la luz de la paz brille en todo el país con la cordura de Claire Heureuse para que, a mi regreso, podamos continuar intensificando la paz indispensable para nuestra tierra” (Sérant). Habiendo fracasado el llamado a la sangre paterna para restablecer la armonía, Aristide envía su súplica al otro polo familiar, la figura de la madre de gran corazón, protectora de todos los haitianos y portadora de la unión y la paz.

Tanto la pieza de Placolý, *Dessalines ou la passion de l'indépendance*, como la de Métellus, *Le Pont-Rouge*, insisten en la importancia del lenguaje –la forma y el contenido del discurso– y en su capacidad de transmisión de la interpretación del nuevo orden del mundo. Ambas muestran cómo Dessalines se debate por imponer su ley, mientras el poder se le escapa ineluctablemente en manos de consecutivas traiciones. En cada pieza, el *samba*, escribano público, cantante y cronista del nuevo estado, asume el rol capital de interpretar la historia de su tiempo. En la pieza de Placolý, se trata de un personaje de ficción, Coquille, secretario del Emperador y portavoz del pueblo quien “fija (...) la inmortalidad del momento presente” (35). Todo “lo que digo pertenecerá, en adelante, a la Historia...”, dice Coquille (35). “Embaucador de palabras, cincelador de frases, trovador”, “gran estilista de las

ideas, tanto en francés para la historia oficial, como en *créole* para divertir a los hijos de los negros” (7, 9, 35). Esta dualidad lingüística se manifiesta en el lenguaje mediante la alternancia del discurso oficial en francés con diálogos y canciones en *créole*. El rol de Coquille evidencia una aspiración esencial del espíritu dessaliniano: la de controlar la historia según la mirada del gran poder del momento. Para ello, conviene fijarla mediante un instrumento noble y reconocido como la lengua del antiguo colonizador. Así, Dessalines ordena a Coquille:

Es necesario partir ahora mismo, encofrar nuestra existencia en el mármol y el bronce. De nuestra condición de esclavos deja sólo la sustancia y busca, desde el día en que nuestra bandera flotó por el país, todos los hechos, las crónicas y realizaciones concebidas para revestir nuestra Historia a la altura de las más grandes. Elimina a Francia de la Historia. Pon a Bonaparte en su lugar, el lugar de los vencidos al que nosotros lo hemos enviado (35).

Las cancioncillas y otras historietas en *créole* son buenas para “el divertimento de los sirvientes, afiladores y otros mozos de cuerda” (35) En *Le Pont-Rouge*, es Boisrond-Tonnerre, historiógrafo oficial y poeta nacional, a quien Métellus califica de *samba*. Así, afirma: “Yo soy de los Sambas de Haití, yo tengo en mí sangre india y negra y esta unión a creado el hombre que soy” (169). Debido a su talento como artífice de palabras, él sabrá convencer a las grandes potencias y movilizar al pueblo, asegurando así el futuro del país. Aquí también el dramaturgo pone en evidencia la dualidad entre escritura en francés y oralidad en *créole*, testimonio de la división de la sociedad. Frente a la elocuencia de Boisrond, frente a la belleza fascinante de su verbo, el analfabeta Dessalines comprende el poder de manipulación de la palabra. Así, le confesará: “nuestras armas, las de nuestros soldados, se llaman pólvora, cañón y pistola. La pluma, la tinta y el papel son las vuestras, con esos tres útiles vosotros podéis destruir imperios”, crear la insurrección y “sembrar el desorden con simples palabras” (76). Para salvaguardar por siempre la memoria universal, tanto el Dessalines del Métellus, como

el de Placolý insisten varias veces sobre la necesidad de fijar en papel, y en francés, el intrépido ardor de quienes se encuentran construyendo al mundo.

Casi doscientos años más tarde, el presidente Aristide sabrá sacar provecho de la dicotomía de la lengua, pasando alternativamente del francés al *créole*, en tanto armas de defensa o de ataque, de persuasión o disuasión. Tal y como si fuera un *samba*, Aristide posee el don de la palabra y su versatilidad en el uso de la lengua y del tono le permite manipular todo tipo de público. En su libro *Dignité* (1994), Aristide ofrece ejemplos de su talento verbal. Allí explica el modo en que utilizó deliberadamente el francés con un jefe *macoute*, reconocido por su brutalidad, con el objetivo de liberar a sus compatriotas prisioneros en Fort-Dimanche. Dirigiéndose en francés al *macoute*, Aristide reconoce que forma parte de la clase educada, condición que lo reviste de prestigio frente a los soldados. “A cada quien sus armas” ordena, mostrando el poder de dependencia psicológica de la lengua en la que se articulan el asesino ciego y el defensor de las víctimas del poder arbitrario (145). El 27 de septiembre de 1991, en la víspera del golpe de estado que lo habría derrotado, Aristide amenaza públicamente a sus adversarios políticos con el suplicio del “Padre Lebrún”. Más tarde explicará que evocó esta horrible tortura para defenderse de las “balas” reales, que lo embestían y que habrían de llevarlo a la derrota (Fatton, 84).⁵

En las piezas de Placolý y de Métellus, en particular, una retórica de la violencia extrema parece entrecortada por la indulgencia paterna. El Dessalines de Placolý, desorientado por la desertión de sus hermanos de armas, confía a Geffrard: “... Sin embargo, la mirada paterna que yo os ofrezco es buena” (44). Él ama a sus compañeros de batalla y se los hace saber. Del mismo modo, el Dessalines de Métellus está consciente de la importancia afectiva que implican los nexos familiares en

⁵ Durante el período de inestabilidad que habría de desembocar, la noche del 29 de septiembre de 1991, en su derrocamiento, el Presidente Aristide dijo su famoso discurso del «Padre Lebrún» en el cual ensalzó ante una vasta multitud la virtud de amarrar por el cuello al Macoute enemigo. «Más que articular una clara estrategia de violencia revolucionaria, la salvaje retórica de Aristide representó un último intento por intimidar a quienes habían estado planeando su derrocamiento. Como explicara más tarde: «Estaba usando palabras para responder a las balas.» (Fatton, 84)

una vida, que a partir de entonces será libre: “Yo no he hecho la revolución para los acaudalados sino para aquellos que no tienen ni padre ni madre en esta tierra”, declara (131). La independencia de Haití es sinónimo de una sociedad fundada sobre la estabilidad y el amor de la familia: “Todos los haitianos conocerán a su padre y a su madre gracias a él” dice un campesino a su compañero quien, a su vez, responde: “Papá Dessalines Messi” (162, 163). Y Boisrond-Tonnerre, inquieto por los rumores antirrevolucionarios que circulan, tranquiliza a Dessalines en relación con la unidad del país, diciéndole: “Nosotros somos los hijos del padre de la patria” (153). Entre ambos no puede existir una verdadera disensión; la garantía de la libertad del pueblo reside en la fraternidad que emana la autoridad del patriarca. Para ilustrar este asunto basta con recordar la tercera estrofa del himno nacional, *La Dessalinienne*: “Por el País y por nuestros Padres / Formemos Hijos, formemos hijos / Libres, fuertes y prósperos / Siempre seremos hermanos”.

Es esta noción del jefe político como padre de la nación la que Aristide ha adoptado a todo lo largo de su carrera política, convirtiendo al movimiento Lavalas en una “familia” en la cual él figura como jefe único. Laënnec Hurbon señala que “llamando a su partido político la *Famille* (en *créole* “*La Fanmi*”), Aristide promueve un tipo de Estado en continuidad con aquella estructura familiar basada en la regla general de dominación del padre sobre los hijos y del hombre sobre la mujer” (*Le Monde*, 30 de diciembre de 2003). En tanto Padre de Familia, el jefe no sólo asegura su autoridad vitalicia (al tiempo que la de los suyos), sino que expone su condición de visionario: Elegido por Dios, su visión profética guía al pueblo ignorante y fervoroso.⁶ Con muy raras excepciones, las numerosas constituciones de Haití, comenzando por la de 1801 promulgada por Toussaint Louverture, han ratificado la autoridad providencial de un único individuo todopoderoso. Toussaint, llamado el “gobernador general de por vida”, sirvió para legitimar los subsecuentes despotismos.

6 Frankétienne declara: “Aristide ha abandonado a Dios, ha abandonado a la Iglesia, ha dejado de ser sacerdote para convertirse en padre de familia... (...) Aristide...¡He aquí el Homo Maleficus! Él se ha unido al reverso de la divinidad, a su contrario diabólico” (compilado por Dénètem). Yo interpreto aquí la mención “padre de familia” en su sentido propio y figurado. (Nota de la autora)

Dessalines hizo tabla raza en nombre de la libertad. “La independencia o la muerte” declara la Proclamación de Independencia. “El ideal de libertad es lo que nos une y nos reúne, juremos morir por él”, se dice el Dessalines de Métellus (42). Toda la infraestructura del país ha sido destruida por la guerra: “nuestros puentes, nuestras fábricas, nuestras casas, nuestras siembras. Debemos reconstruirlo todo”, se lamenta el Dessalines de Trouillot. “Sin embargo, nada existe más y cualquiera que convoque el pasado será enviado a la inexistencia”, afirma el héroe de Métellus a propósito del restablecimiento de las instituciones. “La única prioridad es la igualdad y el olvido del pasado”, es decir, hacer tabla rasa con la colonización y la esclavitud para construir un estado enteramente nuevo (83, 84). El país está, sin embargo, bajo el control exclusivo del Emperador Jacques I quien promulga la primera constitución en 1805. A la pregunta de Pétion: “Y, en este momento, ¿quién garantiza esta constitución?”, el Dessalines de Placolý responde “Yo, Pétion, yo sólo” (20). Del mismo modo, declara a Boisrond-Tonnerre: “¡La armada soy yo, (...) y nadie más!” (27). Y ante la pregunta de uno de sus generales: “Tal vez sea necesario destruir para construir. Pero, ¿se puede evitar ser un tirano?”, el Dessalines de Métellus responde: “Debemos alinear nuestra conducta olvidando nuestras necesidades y pensando en la urgencia de alumbrar un nuevo mundo. De este modo, el problema de la tiranía no se planteará jamás” (85). Los dramaturgos muestran que, frente a la ausencia de un aparato institucional, el derecho se confunde con la fuerza, Dessalines con la revolución por terminar y la preservación de la libertad con la necesidad de la muerte.

Desde los inicios de su carrera política, Aristide reivindica esta idea del jefe que impulsa la legitimidad de su identificación con el pueblo. En este sentido, en *Tout moun se moun. Tout homme est un homme* (1992), afirma que “Los sufrimientos del pueblo son míos. Yo los he compartido por tanto tiempo que no puede haber distancia entre el presidente y las aspiraciones de la mayoría de los haitianos” (154). En su libro *Dignité*, Aristide escinde su personalidad en dos; el ciudadano, Jean-Bertrand, interroga al presidente, Aristide, sobre el origen de la

energía infatigable que transmite a su país. El ciudadano responde que, gracias a un sistema de vasos comunicantes, el presidente saca su energía de la fuente del pueblo haitiano y la restituye a cada cual según sus cualidades de padre sensato, justo y generoso (147). Jefe inspirado y providencial, su poder descende de la sangre dessaliniana que circula por sus venas purificada “a cada minuto”.

La mayor parte de los déspotas haitianos han justificado su poder afirmando la naturaleza mesiánica de la autoridad que les ha sido conferida (Faton, 13). Habiendo exterminado a los blancos, Dessalines juega el rol de “salvador” en el sentido cristiano y vudú del término. Al sucumbir en Pont-Rouge, en manos de los suyos, “el padre de la patria” se convierte en un cristo sacrificado por y para su pueblo cumpliendo así la voluntad de Dios. Esta analogía está particularmente presente en las piezas de Trouillot y de Placolý. En este sentido, en el Dessalines de Trouillot, la cantinera y cantante Défilée, compañera del Emperador profiere, cual Magdalena: “Esta sangre manchará a mi patria para siempre. ¡Esta sangre, OH la sangre del justo! ¡La sangre del Cristo negro! ¡La sangre del Emperador! (...) ¿Quién ha dicho que un día este cuerpo no volverá a vivir?” (121). Un poco antes, aproximándose al cadáver de Dessalines, exclama uno de los fieles: “No, él no está muerto. Él no sabrá morir. (...) El Emperador es más que este cuerpo, más que este cadáver. Más aún, él es la idea misma de la libertad de nuestra raza” (108). En la pieza de Placolý, Dessalines está dispuesto a asumir su destino hasta su propio sacrificio. Consciente del complot que se trama a su alrededor, declara a Défilée: “Yo no soy mortal” (80). Persuadido de vivir eternamente en cada uno de sus fieles compañeros le confía: “yo soy... consérvame en ti...” (81) Más tarde, agradece a Dios, su “hermano” —a quien trata, en consecuencia, como su igual— de haberle conferido una valentía excepcional. Dessalines está dispuesto, como Cristo, a entregar su vida a quienes lo han traicionado.

Cuando, en 1988, Aristide es expulsado de la orden salesiana por sus críticas a la violencia y a la lucha de clases, él se compara a Cristo en los siguientes términos: “Después de todo, no tiene ninguna importancia

que yo pertenezca a una iglesia o a una orden religiosa, pues como ustedes recordarán, Jesucristo jamás fue sacerdote” (Dupuy, 75). Desde los inicios de su notoriedad, Aristide se presenta como el portavoz de Dios e intercesor de los desposeídos. Así pone en práctica, escribe Laennec Hurbon, una psico-teología muy particular que coquetea con la teología de la liberación. Consecuencia práctica: una estrategia de seducción que consiste en un juego constante de identificación entre Dios, el pueblo y él mismo”; citando a Aristide, Hurbon continúa: “Yo he dicho sí al pueblo que me ha pedido que me presente como candidato... Sí a Dios. Sí al pueblo haitiano, cuya voz no es otra que la voz de Dios” (*Le Monde*, 30 de diciembre 2003). Durante muchas de sus declaraciones públicas durante las insurrecciones de finales del 2003, Aristide se presenta nuevamente como un inspirado de Dios al compararse con un profeta o con Cristo perseguido por quienes permanecen sordos a su palabra (Fatton, 68, 78).

A la figura de Cristo perseguido y crucificado se anidan otras dos imágenes, la del valor, del don último de sí por la muerte, y la de la traición que llama a la venganza. La sangre redentora es, en principio, la de la “raza”, la de Dessalines, el padre de la patria, que la transmitió a los verdaderos haitianos. Esta sangre es también el flujo que emerge de su abundancia y que fertiliza a la tierra haitiana. En cada una de las tres piezas, Dessalines habla el lenguaje de la sangre. Como resultado de las heridas mortales infligidas al enemigo, la sangre no sólo es necesaria para la victoria de la revolución sino para garantizar la paz y la salud del pueblo. Esta es la sangre de los esclavos y revolucionarios que lavaron los signos legados por la trata y la colonización. La sangre del exterminio de blancos y traidores que aportará paz y prosperidad al país. Es la sangre de Dessalines que funda la nación. El discurso sanguinario mezcla casi siempre las exhortaciones a la paz y a la construcción de un futuro luminoso. En el Dessalines de Trouillot, el cada vez más tirano Emperador decide reprimir la traición de los “ancianos libres” que se trama a sus espaldas. Así escribe: “La sangre se derramará. La sangre se esparcirá. ¿Ellos quieren que yo gobierne en la sangre? Que esto corra por su cuenta. (...) Nosotros no queremos la guerra civil, pero si

viene la ahogaremos en sangre. Paz, paz, necesitamos paz”. Mentor, fiel del Emperador, replica: “Quien quiere la paz hace la guerra. Este proverbio se impone” (876). Toda oposición debe ser lavada con la sangre de quienes la fomentan. Y Pétion, después del asesinato en Pont-Rouge, responde a Yayou, deseoso de fusilar a los partidarios de Dessalines y de quemar sus casas, que es preferible entregarlos a la venganza popular que a la venganza particular, porque el pueblo “tiene sed” de sangre (105). En cuanto al Dessalines de Placolý, se trata de un superhombre, animado por un entusiasmo salvaje y por un espíritu de justicia infalible. A Pétion, portavoz de los mulatos que buscan el reconocimiento de sus títulos de propiedad de tierras, el Emperador responde que jura que “la cabeza de Dessalines les convertirá la sangre en agua fangosa y plagada de cadáveres” (21). Y continúa: “Los bienes que hemos conquistado con nuestra sangre nos pertenecen. Y comprendo que ellos sean compartidos con equidad” (21). Gracias a la sangre vertida, los héroes reconocen a quienes se han entregado en cuerpo y alma a la independencia y al Imperio. Por esto, sus amigos fieles serán “príncipes de sangre del Imperio” (15). Haciendo nadar a los caballos en la sangre del opresor y de los traidores, Dessalines purifica la sangre de su pueblo. Y así quedará guardado por la memoria histórica cuando Coquille afirma en su crónica “sangrienta, la lección que necesitamos” (56). Del mismo modo que el de Trouillot y el de Placolý, el Dessalines de Métellus, “justiciero sanguinario” (97), evoca el tiempo en que debió mentir a todos los blancos a los que servía traicionando así a sus hermanos. En este orden de ideas afirma: “yo he contaminado el aire con palabras mentirosas, pero he lavado la vida y los negros con la sangre de quienes me obligaron a mentir” (130). La sangre de la masacre de blancos, no sólo sirve para justificar la masacre de la revolución, sino para purificar al pueblo haitiano, explica Geffrard, oficial de la armada de Dessalines; a lo que Pétion agrega que la sangre debe ser derramada para que cicatricen las heridas de las torturas recibidas (101).

Bajo Aristide, este lenguaje sanguinario y mortal es retomado para justificar la lucha contra los opositores del régimen, los traidores que destruyen la unidad sagrada de la nación haitiana; he aquí un fantasma

que sirve de pretexto al despotismo. En muchos de sus discursos, Aristide compara versos de *La Dessalinienne*: “Por La Bandera, por la Patria / Morir es bello” y “Marchemos unidos, marchemos unidos / En nuestra condición de delatores / Del suelo seamos preceptores”. Ensamblando unidad, libertad y muerte en una sola idea —la de derramar la sangre de los malos haitianos—, estas palabras “hablan” al pueblo porque se repiten desde hace dos siglos. En su discurso del 17 de octubre de 2003, fecha del aniversario del asesinato de Dessalines, Aristide amenaza a sus opositores en estos términos: “la sangre llama a la sangre”. ¿De qué sangre se trata? “De la sangre de Dessalines que, a cada minuto, circula por nuestro cuerpo y nos limpia, nos purifica y nos fortalece hasta convertirnos en buenos patriotas...” Pero en el mismo discurso, exhorta a la “Oposición”, por “el interés de la nación que está en peligro”, a unirse con el Poder “bajo la bandera de Papá Dessalines”. El poder terapéutico de Dessalines es siempre un aliciente para la enferma nación: “Su sangre buena puede aniquilar cualquier sangre mala, cualquier dañino microbio que pueda convertirnos en traidores, que nos haga olvidar que somos hermanos, que todos somos negros... Hoy nuestro padre Dessalines ha venido a realizar esta purificación...” Situándose en la continuidad histórica y política de Dessalines, Aristide repite incesantemente el mismo mensaje, un mensaje simple y comprensible para el pueblo. Como afirma Hurbon: “la visión corriente que cualquiera, principalmente analfabeta y semiletrado, tiene en Haití de Dessalines es la del hombre que, en 1805, ordenó masacrar a todos los blancos que quedaban en la isla después de la victoria contra Leclerc y Rochambeau” (*Le Monde*, 30 de diciembre de 2003). En este contexto, la sangre también corre el riesgo de presidir la caída de Aristide, como si estuviéramos ante la “reedición” del asesinato de Dessalines en Pont-Rouge. Insistiendo en su discurso de “la sangre llama a la sangre”, “Haití grita sangre” y “dénsela que se la merece” ordena él, ciertamente, a sus partidarios a desembarazar a la nación de sus impurezas y a fortificarla, al tiempo que subraya la función mortuoria del poder en Haití. ¿No declaró en la Conferencia de Río de 1992 que después de quinientos años de resistencia y doscientos años de una independencia peligrosa, atacada por todos sus flancos, “Haití nutre su suelo de su propia sangre?”

Desde la muerte de Dessalines en 1806 hasta el día de hoy, tanto los intelectuales como el pueblo se han amparado en la figura del héroe de la independencia haitiana para producir discursos imaginarios de las más diversas formas. Trouillot, Placolý y Métellus participan en la producción poética de Dessalines y contribuyen, como otros escritores y artistas, a propagar su mito a partir de su reconstrucción. El personaje de Dessalines se impone en un momento heroico de la Historia haitiana. Su discurso y sus acciones anuncian al mundo ideas revolucionarias, totalmente inconcebibles y contra la corriente de la Historia. El presidente Aristide recupera, hábilmente, los aspectos populistas del mito dessaliniano para justificar su poder. No obstante y a pesar de su genio verbal, Aristide no podrá evitar que su lenguaje se empobrezca, debido a la repetición incesante de palabras manidas que terminan debilitando la sustancia de su discurso. “Y con el lenguaje, también se empobrece el pensamiento. Es así cómo se automatiza y se hacen quimeras de las personas”, explica Frankétienne en una entrevista del 8 de febrero de 2004 sobre el devenir de Haití. Aristide presentará al apoyo masivo del pueblo como fundamento de su legitimidad, una legitimidad que, apoyándose en el oscurantismo de la miseria y el analfabetismo, alimentará su propio despotismo. “¡La libertad o la muerte!” Era el grito de guerra de los esclavos durante la revolución. “La independencia o la muerte”, proclamaba el acta de independencia de 1804. “Aristide o la muerte”, gritan los Lavalasianos doscientos años más tarde. Pero, ¿cómo definir las palabras libertad, justicia, fraternidad, cómo entender el “rayo de paz” que Aristide también encarna, si no es por su contraria condición funesta?

Fairfield, Conneticut, 2004

REFERENCIAS

Aristide, Jean-Bertrand (1991). En: *The Parish of the Poor. Writings from Haïti*. Maryknoll. NY.: Orbis Books.

_____ (1992). *Tout moun se moun. Tout homme est un homme*. Con Christophe Wargny. Paris: Seuil.

- _____ (1994). *Dignité*. Con Christophe Wargny. Paris: Seuil.
- _____. *Discours*. <http://www.haiti.org>
- Dahomay, Jacky (2001). La tentation tyrannique du pouvoir . *Chemins Critiques*, Vol V, No. 1, págs. 11-36.
- Dayan, Joan (1996). *Haiti, History, and the Gods*. Berkeley: University of California Press.
- Dupuy, Alex (1997). *Haïti in the New World order. The Limits of the Democratic Revolution*. Westview Press.
- Fatton Jr., Robert (2002). *Haiti's Predatory Republic*. Boulder/London : Lynne Rienner Publishers.
- Frankétienne. Au coeur de la spirale haïtienne. Compilado por Dénètem.* www.interdits.net
- Hurbon, Laënnec (2003). Point de vue : le bicentenaire d'Haïti. *Le Monde*, 30 de diciembre 2003, puesto al día el 5 de Enero de 2004. <http://www.lemonde.fr/web/recherche/>
- Métellus, Jean (1991). *Le pont rouge*. Ediciones Nouvelles du Sud.
- Placol, Vincent (1994). *Dessalines ou la passion de l'indépendance*. Case-Pilote, Martinique, L'Autre mer.
- Sérant, Vario (2004). *Jean-Bertrand Aristide chante les vertus de la paix et de la sagesse*. Posté le 12 janvier 2004. <http://www.alterpresse.org/>
- Trouillot, Hénock (1967). *Dessalines ou le sang du Pont-Rouge*. Port-au-Prince : Imprimerie des Antilles.
- Trouillot, Michel-Rolph (1990). *Haiti : Sate Against Nation. The origins and Legacy of Duvalerism*. New Cork: Monthly Review Press.